

I

Hacia la hora de salida, Tod Hackett escuchó un gran estruendo en la calle, en el exterior de su despacho. El gemido del cuero mezclado con el tintineo del hierro, y por encima de todo, el redoble de mil cascos. Se apresuró a asomarse a la ventana.

Estaba pasando un ejército de caballería e infantería. Se movía como una multitud, con los flancos rotos, como si huyera de alguna terrible derrota. Las casacas de los húsares, los pesados chacós de los guardias, la caballería ligera de hanoverianos, con sus gorras planas de cuero y plumas rojas desparramadas, todos mezclados en un desorden ondulante. Detrás de la caballería venía la infantería, un proceloso mar de sables enfundados, mosquetes al hombro, correaes atravesando el pecho y cartucheras oscilantes. Tod reconoció la infantería escarlata de Inglaterra con sus hombreras blancas, la infantería negra del duque de Brunswick, los granaderos franceses con sus enormes polainas blancas, los escoceses con las rodillas desnudas bajo las faldas a cuadros.

Mientras contemplaba el espectáculo, un hombrecillo gordo que llevaba un salacot, camiseta polo y bombachos surgió desde la esquina del edificio y se lanzó en persecución del ejército.

—¡Set Nueve..., hijoputas..., Set Nueve! —gritó a través de un pequeño megáfono.

La caballería espoleó a sus caballos, y la infantería echó a trotar. El hombrecillo con el casco corrió tras ellos agitando el puño y maldiciendo.

Tod siguió mirando hasta que desaparecieron tras medio barco de vapor del Mississippi; luego dejó a un lado sus lápices y su tablero de dibujo y salió del despacho. Se detuvo un momento en la acera del exterior del estudio tratando de decidir si volvería a casa andando o cogería el tranvía. Llevaba en Hollywood menos de tres meses y aún le parecía un lugar muy excitante, pero le daba pereza y no le gustaba caminar. Decidió coger el tranvía hasta Vine Street y hacer a pie el resto del camino.

Un cazatalentos de National Films había traído a Tod a la costa después de ver algunos de sus dibujos en una exposición de trabajos de pregrado en la Escuela de Bellas Artes de Yale. Lo habían contratado por medio de un telegrama. Si el cazatalentos hubiera conocido a Tod en persona, probablemente no le hubiera enviado a Hollywood a aprender diseño de escenografía y vestuario. Su cuerpo grande y desmañado, sus lentos ojos azules y su sonrisa floja hacían que pareciese desprovisto de cualquier talento, de hecho, casi estúpido.

Sí, a pesar de su apariencia, era realmente un joven muy complicado, con todo un lote de personalidades, una dentro de la otra, como un conjunto de cajitas chinas. Y *La quema de Los Ángeles*, el cuadro que pronto iba a pintar, demostraría definitivamente que tenía talento.

Se bajó del tranvía en Vine Street. Mientras echaba a andar, contempló a la multitud vespertina. Gran parte de la gente vestía ropa deportiva que no era realmente ropa deportiva. Los jerseys, bombachos, pantalones flojos y chaquetas azules de franela eran disfraces. La gruesa dama con gorra de marinero iba de compras, no a navegar; el hombre con chaqueta Norfolk y sombrero tirolés no volvía de la montaña, sino de una agencia de seguros; y la muchacha con pantalones flojos y tenis y una banda alrededor de la cabeza acababa de salir de una centralita, no de una cancha de tenis.

Aquí y allá, entre la gente disfrazada, se veían personas de otro tipo. Su ropa era oscura y mal cortada, comprada por correo. Mientras los primeros caminaban rápidamente, lanzándose a las tiendas y los bares de cócteles, éstos merodeaban por las esquinas o daban la espalda a los escaparates, contemplando a los que pasaban. Cuando les devolvían la mirada, sus ojos se llenaban de odio. A esas alturas, Tod sabía muy poco de ellos, salvo que habían venido a California a morir.

Estaba decidido a saber más de ellos. Sentía que eran la gente que tenía que pintar. Nunca volvería a hacer un luminoso granero rojo, un viejo muro de piedra o un recio pescador de Nantucket. Desde que los vio supo que, a pesar de su raza, formación y herencia, ni Winslow Homer ni Thomas Ryder podían ser sus maestros, y se volvió a Goya y a Daumier.

Lo había comprendido justo a tiempo. Durante el último año en la escuela de arte había empezado a pensar que debía dejar la pintura por completo. Los placeres que obtenía de los problemas de composición y color habían disminuido a medida que aumentaba su facilidad y se había dado cuenta de que iba por el mismo camino que sus compañeros, hacia la ilustración o la mera belleza. Cuando llegó el trabajo en Hollywood, lo aceptó pese a los argumentos de sus amigos, que estaban seguros de que se estaba vendiendo y nunca volvería a pintar.

Llegó al final de Vine Street y empezó a ascender por Pinyon Canyon. La noche había empezado a caer.

Los contornos de los árboles ardían con una pálida luz violeta y gradualmente sus figuras pasaron del púrpura intenso al negro. El mismo ribete violeta, como un tubo de neón, perfilaba las cimas de las feas colinas jorobadas y las volvía casi hermosas.

Pero ni siquiera el suave baño del crepúsculo podía ayudar a las casas. Sólo la dinamita sería de alguna utilidad

contra los ranchos mexicanos, las cabañas samoanas, las villas mediterráneas, los templos egipcios y japoneses, los chalés suizos, las casitas Tudor y todas las combinaciones posibles de estilos que se extendían por las laderas del cañón.

Cuando se dio cuenta de que eran todas de yeso, listones y papel, se mostró caritativo y culpó de su forma a los materiales utilizados. El acero, la piedra y el ladrillo frenan un poco la fantasía del constructor y le obligan a distribuir sus cargas y pesos y a mantener la verticalidad de sus esquinas, pero el yeso y el papel no conocen leyes, ni siquiera la de la gravedad.

En la esquina de La Huerta Road había un castillo del Rin en miniatura con torretas de tela asfáltica y aspilleras para los arqueros. Junto a él había una pequeña chabola muy colorista con cúpulas y minaretes sacados de *Las mil y una noches*. De nuevo se mostró caritativo. Ambas casas resultaban cómicas, pero no se rió. Su deseo de sorprender era tan desesperado e ingenuo...

Es difícil reírse de la necesidad de belleza y romance, no importa lo grosero, incluso horrible, que sea el resultado de esa necesidad. Pero es fácil suspirar. Pocas cosas más tristes que lo realmente monstruoso.

II

La casa en la que vivía era un asunto anodino llamado San Bernardino Arms. Se trataba de una altura oblonga de tres pisos, con la parte posterior y los costados de estuco simple, sin pintar, rota por filas uniformes de escuetas ventanas. La fachada era de color mostaza diluido, y las ventanas, todas dobles, estaban enmarcadas por columnas moriscas rosas que sostenían dinteles en forma de nabo.

Su cuarto se encontraba en la tercera planta, pero se detuvo un momento en el rellano de la segunda. Era en ese

piso donde vivía Faye Greener, en el 208. Cuando escuchó a alguien reírse en uno de los apartamentos se sobresaltó, sintiéndose culpable, y siguió subiendo las escaleras.

Al abrir la puerta cayó al suelo una tarjeta. «El honrado Abe Kusich», decía en grandes letras; y debajo, en cursiva más pequeña, venían varios elogios, impresos como si fueran noticias de prensa.

«... el Lloyds de Hollywood» —*Stanley Rose*.

«La palabra de Abe vale más que los bonos de Morgan»
—*Gail Brenshaw*.

En la otra cara había un mensaje escrito a lápiz:

«Kingpin cuarto, Solitair sexto. Puedes sacar mucha pasta con esos jacos».

Tras abrir la ventana, se quitó la chaqueta y se tumbó en la cama. A través de la ventana podía ver un cuadrado de cielo esmaltado y un ramillete de eucalipto. Una ligera brisa agitó su hojas largas y estrechas, haciendo que primero mostraran su lado verde y luego el plateado.

Empezó a pensar en «El honrado Abe Kusich» para no pensar en Faye Greener. Se sentía cómodo y quería seguir así.

Abe era una figura importante en una serie de litografías titulada *Los bailarines*, en la que estaba trabajando Tod. Era uno de los bailarines. Faye Greener, también, y su padre, Harry, otro más. Cambiaban en cada lámina, pero el grupo de personas inquietas que formaban el público permanecían igual. Miraban todo el rato a los bailarines del mismo modo en que miraban los disfraces de Vine Street. Eran esas miradas las que hacían que Abe y los demás dieran vueltas enloquecidamente y saltaran en el aire retorciendo las espaldas como truchas recién pescadas.

Pese a la sincera indignación que la grotesca depravación de Abe despertaba en él, admitía de buen grado su compañía. El hombrecillo le estimulaba y de ese modo le hacía sentirse seguro de su necesidad de pintar.

Había conocido a Abe cuando vivía en Ivar Street, en un hotel llamado Chateau Mirabella. Otro nombre para Ivar Street era Lysol Alley, y el Chateau estaba habitado sobre todo por estafadores y sus *managers*, adiestradores y agentes de adelantos.

Por las mañanas, los pasillos apestabán a antiséptico. A Tod no le gustaba ese olor. Además, la renta era muy alta porque incluía protección policial, un servicio que no necesitaba. Quería mudarse, pero la inercia y el hecho de que no sabía adónde ir hicieron que se quedara en el Chateau hasta que conoció a Abe. El encuentro fue accidental.

Una noche iba de camino a su cuarto cuando vio lo que pensó que era un montón de ropa sucia ante la puerta de enfrente a la suya. Mientras pasaba junto a él, el fardo se movió y emitió un sonido peculiar. Tod encendió un fósforo, pensando que sería un perro envuelto en una manta. Al encenderse la llama, vio que era un hombre diminuto.

El fósforo se apagó, y se apresuró a encender otro. Era un enano arrebuñado en una bata de franela de mujer. La cosa redonda en un extremo era su cabeza ligeramente hidrocefálica. Un lento ronquido ahogado surgía borboteando de ella.

En el pasillo hacía frío y había corriente. Tod decidió despertar al hombre y lo empujó con la punta del pie. El enano gruñó y abrió los ojos.

—No debería dormir aquí.

—Y una mierda —dijo el enano volviendo a cerrar los ojos.

—Cogerá un catarro.

Esta amistosa observación irritó aún más al hombrecillo.

—¡Quiero mi ropa! —bramó.

Por debajo de la puerta junto a la que estaba tumbado se vio luz. Tod decidió arriesgarse y llamó. Unos segundos después, una mujer entreabrió la puerta.

—¿Qué demonios quiere? —preguntó.

—Aquí hay un amigo suyo que...

Ninguno de los dos le dejó terminar.

—¡Y qué! —ladró ella cerrando de un portazo.

—¡Dame mi ropa, zorra! —rugió el enano.

La mujer volvió a abrir la puerta y empezó a arrojar cosas al pasillo. Una chaqueta con sus pantalones, una camisa, calcetines, zapatos y ropa interior, una corbata y un sombrero fueron cruzando el aire en rápida sucesión. Con cada artículo soltaba un taco nuevo.

Tod silbó con asombro.

—¡Qué tía!

—No lo sabes tú bien —dijo el enano—. Un caramelito..., una guarra como una casa.

Rió su propio chiste con una carcajada aguda más de enano que cualquier cosa que hubiera dicho hasta el momento; luego se puso en pie con mucho esfuerzo y se ajustó la amplia bata de manera que pudiera caminar sin enredarse en ella. Tod lo ayudó a recoger su ropa esparcida.

—Eh, amigo —preguntó—, ¿puedo vestirme en su casa?

Tod le dejó pasar al baño. Mientras esperaba a que saliese, trató de imaginar qué podía haber pasado en el apartamento de la mujer. Empezaba a lamentar haberse inmiscuido. Pero cuando el enano salió con el sombrero puesto, Tod se sintió mejor.

El sombrero del hombrecillo lo arreglaba casi todo. Ese año se llevaban mucho los sombreros tirolenses por todo Hollywood Boulevard, y el del enano era un bonito ejemplar. Era del color verde mágico apropiado y tenía una copa alta y cónica. Le hubiera pegado una hebilla metálica en la parte delantera, pero por lo demás resultaba casi perfecto.

El resto de su atuendo no iba con el sombrero. En vez de zapatos con largas punteras y un delantal de cuero, llevaba un traje cruzado azul y una camisa negra con una corbata

amarilla. En vez de un nudoso bastón de espino, llevaba un ejemplar enrollado del *Daily Running Horse*.

—Esto es lo que se saca enredándose con fulanas de a cuatro centavos —dijo a modo de saludo.

Tod asintió y trató de concentrarse en el sombrero verde. Su rápida aquiescencia pareció irritar al hombrecillo.

—Ninguna fulana le da por culo a Abe Kusich y se queda tan pancha —dijo amargamente—. No cuando puedo hacer que le rompan las piernas por veinte pavos, y los tengo. —Sacó una gruesa cartera y la sacudió delante de Tod—. Así que cree que puede darme por culo, ¿eh? Bueno, déjeme dec...

Tod se apresuró a interrumpirle.

—Tiene razón, señor Kusich.

El enano se acercó adonde Tod permanecía sentado y por un momento éste pensó que iba a subirse en su regazo, pero sólo le preguntó su nombre y le estrechó la mano. El hombrecillo apretaba muy fuerte.

—Déjeme decirle algo, Hackett. Si no llega a aparecer usted, habría echado la puerta abajo. Esa tipa cree que puede darme por culo, pero no sabe quién soy yo. Pero gracias de todos modos.

—Olvídelo.

—Yo no olvido nada. Yo me acuerdo. Me acuerdo de los que me la juegan y de los que me hacen favores.

Frunció el ceño y permaneció en silencio por un momento.

—Escuche —dijo finalmente—. Usted me ha ayudado y estamos en deuda. No quiero que nadie vaya por ahí diciendo que Abe Kusich le debe algo a alguien. Así que le diré algo. Le voy a dar un soplo para la quinta en Caliente. Apueste cinco pavos al bicho y le garantizo veinte. Lo que le estoy diciendo es estrictamente correcto.

Tod no supo qué responder y su vacilación ofendió al hombrecillo.

—¿Iba yo a darle un mal consejo? —preguntó ceñudo—. ¿Lo haría?

Tod se dirigió a la puerta para librarse de él.

—No —dijo.

—Entonces, ¿por qué no apuesta, eh?

—¿Cómo se llama el caballo? —preguntó Tod confiando en que eso lo calmase.

El enano lo había seguido hasta la puerta, arrastrando tras de sí la bata de una manga. Con sombrero y todo, no le llegaba a Tod al cinturón.

—Tragopan. Es un ganador seguro. Conozco al tipo que es el dueño y me dio el sople.

—¿Es griego? —preguntó Tod.

Trataba de ser amable para esconder su intención de ir llevándolo hacia la puerta.

—Sí, es griego. ¿Lo conoce?

—No.

—¿No?

—No —dijo Tod con rotundidad.

—Tasque el freno —ordenó el enano—, todo lo que quiero saber es cómo sabe que es griego si no lo conoce.

Sus ojos se entrecerraron con suspicacia y apretó los puños.

Tod sonrió para aplacarlo.

—Sólo lo supuse.

—¿De veras?

El enano encorvó los hombros como si fuera a sacar un arma o a soltar un puñetazo. Tod retrocedió y trató de explicarse.

—Pensé que era griego porque Tragopan es una palabra griega que significa faisán.

Al enano no pareció satisfacerle la respuesta.

—¿Cómo sabe lo que significa? Usted no es griego.

—No, pero conozco algunas palabras griegas.

—Así que es un tipo listo, eh, un sabelotodo.

Dio un corto paso al frente, de puntillas, y Tod se preparó para esquivar un puñetazo.

—Un universitario, eh. Bueno, pues déjeme decirle...

Sin querer pisó la bata y fue directo al suelo. Se olvidó de Tod y maldijo la bata, y luego volvió a acordarse de la mujer.

—Así que cree que puede darme por culo.

No paraba de darse golpecitos en el pecho con los pulgares.

—¿Quién le dio cuarenta pavos para un aborto? Y otros diez para irse después al campo a recuperarse. A un rancho la mandé. ¿Y quién sacó del trullo a su maromo aquella vez en Santa Mónica? ¿Quién?

—Tiene razón —dijo Tod preparándose para empujarlo rápidamente por la puerta.

Pero no tuvo que empujarlo. De pronto, el hombrecillo salió del cuarto y echó a correr por el pasillo, arrastrando la bata tras de sí.

Unos días después, Tod entró en una papelería en Vine Street para comprar una revista. Mientras examinaba el expositor sintió que le tiraban de la chaqueta. Era de nuevo Abe Kusich, el enano.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

A Tod le sorprendió descubrir que se mostraba tan agresivo como la otra noche. Más adelante, cuando llegara a conocerle mejor, sabría que la belicosidad de Abe era a menudo en broma. Cuando la empleaba con sus amigos, éstos jugaban con él como lo hace uno con un cachorro que gruñe y mordisquea, manteniéndolo a raya cuando ataca locamente y luego provocándolo para que ataque de nuevo.

—Bastante bien —dijo Tod—, pero creo que voy a mudarme.

Había pasado buena parte del domingo buscando un lugar para vivir y no pensaba en otra cosa. En el momento en

que lo mencionó, sin embargo, supo que había cometido un error. Trató de poner fin al asunto dando media vuelta, pero el hombrecillo se interpuso. Era evidente que se consideraba un experto en el negocio inmobiliario. Tras mencionar y descartar una docena de posibilidades sin que Tod dijera una palabra, finalmente sacó a relucir San Bernardino Arms.

—Ése es el lugar que te conviene, el San Berdoo. Yo vivo allí, así que tengo que saberlo. El dueño es un muerto de hambre. Venga, te voy a dejar bien instalado.

—No sé, yo... —comenzó Tod.

El enano se encrespó al instante y pareció mortalmente ofendido.

—Supongo que no es lo bastante bueno para ti. Bueno, déjame decirte...

Tod se dejó intimidar y fue con el enano a Pinyon Canyon. Las habitaciones del San Berdoo eran pequeñas y no muy limpias. No obstante, alquiló una sin vacilar en cuanto vio a Faye Greener en el pasillo.

III

Tod se había quedado dormido. Cuando despertó pasaban de las ocho. Se dio un baño y se afeitó y luego se vistió frente al espejo del armario. Trató de prestar atención a sus dedos mientras se ponía el cuello y la corbata, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia la fotografía que había colocado en el extremo superior del marco.

Era una foto de Faye Greener, una instantánea de una farsa de dos rollos en la que ella había trabajado como extra. Le había dado la fotografía de buena gana, y hasta le había escrito con amplia y presurosa caligrafía: «Afectuosamente tuya, Faye Greener»; pero había rechazado su amistad, o, más bien, insistido en mantenerla en un plano impersonal.